

Juan M. Otero

Próxima parada:
LONDRES

© 2022, Juan M. Otero

© 2022, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-84-123628-7-9

Depósito Legal: M-5058-2022

Realización gráfica: Laura Morales Balza

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

Para mis hermanos

GUÍA DE NARRADORES

La novela está narrada por distintos personajes. Para ayudar al lector a identificar al narrador, la numeración de cada capítulo depende de su narrador, conforme al siguiente sistema:

- 1 - Fran
- II - Natasha
- 3° - Max
 - Mica
- ▣ - Miriam
- VI° - Vytas
- Sette - Francesco Brea
- Opt - Cornelia
- Nine - Comisario de policía

1

"Jacinto, ¿puedo llamarte?"

"Llámame cuando quieras Max."

"No soy Max. Soy Fran, un amigo de Pertu. Acabo de llegar a Londres. Pertu me ha dado tu teléfono y me ha dicho que si necesito algo te llame."

"Sí, sí, algo me dijo. Llámame cuando quieras. Max."

"¿No eres Jacinto?"

"Llámame Max."

Aquella conversación por WhatsApp estaba resultando realmente surrealista. Una cosa era estar desorientado en el aeropuerto, o no entender ni papa al pedir indicaciones sobre dónde coger el autobús o en qué parada bajarme. O llegar a una casa lúgubre y sucia en la que una mujer parecida a Misery me enseñara una habitación que en nada se parecía a la que había visto en las fotos de Internet. Todo aquello entraba dentro de mis planes, sabía que podía suceder.

Lo que no estaba previsto era mi absurda incapacidad de entenderme con otro español a través de WhatsApp. Parecía como si haber llegado a Londres hubiera reducido drásticamente mis facultades mentales.

Después de mirar un rato la pantalla y releer los mensajes varias veces, decidí llamar a Jacinto (o a Max). No tenía nada que perder.

–Hi!

–Hola –saludé de forma neutral, sin entrar a discusiones sobre el nombre de mi interlocutor–. Te llamo de parte de Pertu. Soy Fran.

–Hola Fran, ¿qué tal estás? ¿Has llegado bien? –me respondió una voz jovial al otro lado del teléfono.

–Pues el viaje muy bien, la verdad. Lo que pasa es que acabo de llegar al apartamento que había alquilado por Internet y...

–Y es un asco –me interrumpió.

–Efectivamente. No tiene nada que ver con las fotos ni con la descripción de la web. No me considero un tiquismiquis, pero no tengo ganas de quedarme en un sitio tan sucio. Y, además, me parece que los dueños son unos jetas. Supongo que mañana me pondré a buscar otro sitio, y quería preguntarte si se te ocurre por dónde podría empezar.

–Tranquilo tío. ¿Quieres venirte a mi piso unos días, hasta que encuentres algo? Tengo una habitación de servicio pequeña y podrías quedarte.

–¿En serio? No quiero abusar. Además, imagino que tendré que pagar aquí la primera semana...

–Haz lo que veas, pero si yo fuera tú no me quedaría allí ni un minuto. Ni les dejaría un solo pound. Piénsatelo. Te mando la ubicación de mi piso. Si eres amigo de Pertu esta es tu casa. Lo que pasa es que ahora estoy fuera. Si vienes, que sea a partir de las diez.

–Me lo pienso y te digo. Un millón de gracias, en cualquier caso.

–Por cierto, si vienes trae unas cervezas y algo de postre. Estás en tu casa.

–Vale. Te digo algo. Muchísimas gracias... ¿Jacinto?

–Llámame Max. Tengo que colgar.

2

Aunque no sabía bien quién era Max ni cómo era su piso, cualquier alternativa al tugurio regentado por Misery era necesariamente una buena opción, así que no lo dudé.

Tras explicarle en un inglés rudimentario que la habitación que me había enseñado no tenía nada que ver con las fotos de la página web, y amenazarle con publicar en Google, AirBNB y Tripadvisor una reseña negativa semanal durante el resto de mi vida sobre sus apartamentos, Misery accedió a devolverme la mitad de la fianza que había pagado por la habitación. La otra mitad, ciento cincuenta pounds, la di por perdida.

Misery 150 - Fran 0. Bien empezábamos.

La ubicación que me había enviado Max estaba en la zona norte de la ciudad, muy cerca de una parada de metro de la línea gris: Finchley Road. Eran las cinco de la tarde, así que tenía tiempo suficiente para llegar a su casa, echarme una siesta en un banco y leerme la segunda parte de El Quijote. “Y para comprar las cervezas y el postre”, pensé sin poder reprimir una sonrisa. Con mis bártulos auestas –maleta, guitarra con su funda y mochila–, comencé a caminar lentamente hacia la parada de metro más cercana.

Una hora después, agotado del trajín del metro –escaleras, empujones y traqueteo–, me dejaba caer en el sofá de una cafetería situada a unos doscientos metros de la casa de Max. Sólo quedaban cuatro horas para las diez.

Lo primero que hice, antes siquiera de dar el primer sorbo del café helado que me había comprado como autohomenaje –“las penas se alivian comiendo dulce”, suele decir mi hermana mayor–, fue llamar cuatro o cinco veces a mi amigo Pertu, que me colgó una llamada detrás de otra.

“Estoy en una reunión. Luego te llamo.”

“He escrito a Jacinto. Me ha contestado un tal Max. Pero da a entender que te conoce. Voy a dormir en su piso. Llámame antes de las diez y aclárame un poco el tema.”

“No conozco a ningún Max. Jacinto está loco. Pero es muy buen tío. Te vas a reír mucho.”

“Muchas ganas de reírme no tengo, la verdad. Supongo que es fácil tomarse las cosas a broma cuando después de tu reunión te esperan unos macarrones con tomate en el mantel de tu casa y tu serie favorita en Netflix...” comencé a escribir. Pero borré el texto. No iba a ganar nada haciéndome la víctima y lamentándome. Pertu no tenía ninguna culpa de que yo estuviera colgado. Así que le contesté:

“Si escribes a Jacinto y le preguntas por Max te lo agradecería. El cuelgue que estoy atravesando es máximo. Supongo que en un par de meses me reiré de esta situación. Ahora mismo soy técnicamente un *homeless*”.

“Jajajaja. Ahora le escribo. Ánimo Fran. Eres un grande y lo vas a petar. *It's showtime!*”

Es curioso cómo con cuatro simples mensajes Pertu era capaz de levantarme el ánimo. El hecho de tener un buen amigo “en línea” al otro lado del teléfono daba mucha compañía. Cuando se desconectó volví a sentirme un poco huérfano. En fin, era lo que había. Ahora tocaba relajarse y esperar.

Me arrellané un poco en el sofá y comencé a escribir mi primera reseña –sincera y objetiva– sobre los lúgubres apartamentos que

acababa de dejar. El título me dejó bastante satisfecho: "Welcome to hell".

No había escrito ni tres palabras cuando me llegó un mensaje de mi madre. "¿Has llegado bien? ¿Qué tal la habitación? ¡Manda fotos!". Vaya. Sin pensarlo mucho, respondí un mensaje que, sin ser mentira, tampoco se ajustaba perfectamente a la verdad. No tenía sentido preocupar a mi madre inútilmente. "Todo genial mamá. La habitación estupenda. Y la casera insuperable. Ahora estoy dando una vuelta. Luego os mando algunas fotos y os llamo. ¡¡Besos!!".

Terminada la reseña, dediqué un rato a buscar a Jacinto Dávila en Internet. Descartados los resultados relativos a un profesor venezolano de danza criolla, la mayoría de resultados se referían a un prestigioso médico del Hospital Virgen de la Vega, en Salamanca. A juzgar por las fotos, debía ser el abuelo del amigo de Pertu. También encontré fotos de un empresario más joven, de unos cincuenta años, vinculado de alguna forma con Burger King; y de un chaval que debía tener mi edad.

No hacía falta ser detective para deducir que el nombre de Jacinto pasaba en esa familia de padres a hijos, en una de esas tradiciones que quienes nos llamamos Francisco López no estamos en situación de comprender. Jacinto Dávila III, el chico de mi edad, no tenía perfiles en las principales redes sociales, o al menos yo no los encontré. En las pocas fotos tuyas que encontré parecía un chaval formal y alegre.

Identificado a mi probable anfitrión, me lancé a investigar el nombre de Max Dávila, a fin de estar preparado para cualquier eventualidad. Solo encontré resultados de un luchador de Pressing Catch con cara de troglodita, que vestía unas mallas blancas y rojas y lucía una cresta naranja. "Si me abre la puerta este tío, le dejo las cervezas y el postre en el felpudo y me vuelvo al infierno con Misery".

El tiempo pasaba lento. Estuve leyendo un rato una novela policíaca de Mankell, que me tenía bastante enganchado. A eso de las siete pregunté a un camarero dónde había un supermercado cercano. El chico, un italiano muy amable, me dio las indicaciones y se ofreció a guardarme el equipaje en la cocina de la cafetería. Ya con las cervezas, unas natillas y algo de desayuno para la mañana siguiente, volví a sentarme en la cafetería y me pedí una coca-cola zero. Consulté el móvil seis o siete veces, pero Pertu seguía sin dar señales de vida. Aburrido de leer y de marear por Internet, todavía con una hora por delante, saqué la guitarra de su funda, acaricié su madera, cerré los ojos y empecé a tocar bajito, dejándome llevar a otro lugar por los arpegios y los acordes.

How does it feel? How does it feel to be without a home, like a complete unknown, like a rolling stone.

Y, entonces sí, el tiempo pasó volando.

III

Faltaban tres minutos para las seis cuando llegué a mi destino. Estaba muy nerviosa.

La casa se encontraba junto a una carretera bastante transitada de las afueras de Londres. En ambas aceras se alineaban viviendas adosadas de dos alturas, todas con un diminuto jardín delante de la entrada principal. Sin llegar a ser pobres, se trataba de viviendas modestas.

Tanto la portezuela de madera que daba a la calle, algo desven-
cijada, como la puerta de la casa estaban decoradas con globos
de color blanco y rosa. Por las ventanas se oía mucho bullicio, por
lo que deduje que estarían celebrando una fiesta de cumpleaños,
probablemente de una niña.

La fiesta encajaba con el paquete que me habían encargado
entregar: una caja rectangular, de plástico transparente, con una
muñeca sentada en un pequeño carrito de bebé.

Cuando dieron las seis, la hora convenida, crucé los escasos
cinco metros de jardín y dejé el paquete en el suelo. Me alisé un
poco la falda, respiré hondo y llamé al timbre.

A los pocos segundos me abrió la puerta una mujer sonriente
y rellenita.

–Buenas tardes –le dije–. Traigo un paquete para Boris.

–¿Quiere pasar? –me invitó, mirando de reojo la caja con la
muñeca, que descansaba en el suelo a mi lado y esbozando una
sonrisa.

–No, muchas gracias. Prefiero esperarle aquí.

La mujer pareció extrañarse, dio media vuelta y entró en el salón llamando a Boris en voz alta. A través de la puerta entreabierta escuché una algarabía festiva de voces y risas. Hablaban ruso, lo que no me extrañó.

Boris se asomó a la puerta. Era un hombre corpulento, de inconfundibles rasgos eslavos. Tendría unos cuarenta o cuarenta y cinco años.

Como a la inmensa mayoría de los hombres, mi aspecto le produjo un pequeño *shock* inicial, casi imperceptible. Recuperada la compostura, me preguntó con un aire de extrañeza:

–Soy Boris: ¿me dicen que tiene algo para mí?

Antes de que pudiera responderle, el hombre reparó en la caja que descansaba a mis pies. Al ver su contenido fue como si un rayo le hubiera caído encima. Comenzó a temblar y me miró lívido, con unos ojos vacíos que eran la pura expresión del terror. Cayó sobre sus rodillas y empezó a emitir un gemido indescifrable. De pronto se incorporó, salió corriendo hacia la calle y se arrojó bajo las ruedas de un autobús que en ese preciso instante cruzaba por delante de la casa.

4

–Bienvenido Fran. Déjame que te ayude con eso. ¿Tocas la guitarra? ¡Qué top! –dijo mientras me abría la puerta un chico que se parecía mucho más a Jacinto Dávila III que a Max el sacamante-cas. Entramos en una habitación mediana, con tres ambientes: una cocina americana a la derecha, una mesa de comedor en primer plano, y, al fondo, dos sofás en ele mirando a una televisión, cerca de una ventana grande.

–Muchas gracias –respondí, dejándole que me ayudara con la guitarra–. Y muchísimas gracias por invitarme a venir. Me da un poco de apuro acoplarme así, pero no sabes lo sucio que estaba el otro sitio –dije, esbozando una sonrisa y haciendo un gesto de disculpa.

–Quita, quita. Si eres amigo de Pertu aquí tienes tu casa. Deja las maletas donde puedas y ponte cómodo. Estoy preparando mi gran especialidad: unos ñoquis al pesto que están de locos. Por cierto, ¿has traído birras? –dijo mientras levantaba las cejas y sonreía. El tío era realmente simpático, la verdad, y me trataba como si nos conociéramos de toda la vida.

–Por supuesto –respondí, sacando dos cervezas y un pack de cuatro natillas con submarinos de galleta de mi mochila.

–¡Genial! Déjalas por aquí, en cualquier sitio. Bueno, si quieres te enseño tu habitación, y puedes ir vaciando un poco tus cosas y darte una ducha o lo que te apetezca. La cena estará como en quince minutos. Siento las horas, pero he terminado de trabajar tarde.

A la izquierda de la sala principal arrancaba un pequeño pasillo que conducía a las habitaciones. La primera puerta de la izquierda daba a una habitación amplia, que supuse que sería la de Jacinto. Al fondo de pasillo estaba el cuarto de baño. Y a la derecha un cuarto algo más pequeño, donde dormiría esa noche. La habitación era sencilla: una cama, un escritorio, un par de baldas en la pared, encima de la mesa, y un armario empotrado. Sin ser la suite de ningún hotel, la habitación era exactamente lo que hubiera pedido: era acogedora, parecía luminosa y estaba limpia.

–Pues nada, lo dicho. Relájate un poco, estira las piernas y nos vemos en diez o quince minutos en el salón. Y escribe a tus padres o a tu novia diciéndoles que has llegado bien –añadió–: seguro que lo agradecen.

–Estupendo. Millones de gracias... Oye, por cierto, ¿cómo quieres que te llame? ¿Jacinto o Max? Estoy un poco confundido. Si te digo la verdad, ni siquiera sé quién eres.

–Es una larga historia, luego te la cuento. Me llamo Jacinto Dávila, pero prefiero que me llames Max. Bueno, sitúate un poco y te veo en un rato para cenar –dijo, dejándome solo en la habitación.

Me quité los zapatos y, antes de tumbarme en la cama para poner en orden mis pensamientos, escribí a Pertu: “Tu amigo Max es un crack”. Todavía estaba tumbado mirando al techo cuando recibí su respuesta. “No conozco a ningún Max. Me alegro de que estés bien”.